55

EL ABUELO DE PEPITO

JUGUETE CÓMICO-LÍRICO EN UN ACTO

ORIGINAL DE

JOAQUÍN ARQUES

música del maestro

Sr. ORÓ

Estrenada con gran éxito en los Teatros Tívoli y Nuevo de Barcelona, la noche del 26 de Enero de 1908

BARCELONA
Imprenta «La Industria», de Manuel Tasis
Calle de Tallers, 6, 8 y 10
1908

17

EL ABUELO DE PEPITO

JUGUETE CÓMICO-LÍRICO EN UN ACTO

ORIGINAL DE

JOAQUÍN ARQUES

música del maestro

Sr. ORÓ

Estrenada con gran éxito en los Teatros Tívoli y Nuevo de Barcelona, la noche del 26 de Enero de 1908

BARCELONA
Imprenta «La Industria», de Manuel Tasis
Calle de Tallers, 6, 8 y 10
1908

REPARTO

TEATRO TÍVOLI

PERSONAJES	ACTORES
ANTONIA	Srta. Chafer.
SALOMÉ	Sra. Gómez.
LUISA	Srta. Marí.
PEPITO	Sr. Viñas.
DON JOSÉ	» Ceret.

TEATRO NUEVO

ANTONIA	Sra. Benito.
SALOMÉ	» March.
LUISA	» Torregrosa.
PEPITO	Sr. Rebúll.
DON JOSÉ	» Peral.

La acción en Madrid.—Época actual

Derecha é izquierda, las del actor

ACTO ÚNICO

Salón elegante. Puertas foro y laterales. Es de día. Un velador con libros. En el foro derecha. Un retrato de tamaño natural representando á don José con cabello y bigote blanco.

ESCENA PRIMERA

Pepito, después D.ª Salomé.

PEPI. (*Con el libro de una comedia en la mano*). Esto sí que es canela fina; y aún dice mi tía que el teatro está perdido! Cosas de mi tía. Aquí tienen ustedes una obra que ha bastado para hacer la reputación de un artista. ¡Qué papel este! qué efectos, qué fuerza cómica, qué hermoso. Un muchacho joven y guapo, como yo; calavera como D. Juan... y como yo; y que quiere casarse, como yo. Nada, si parece que me han retratado; no falta más que una tía que se empeña en darme cinco disgustos diarios. Hay mortal á quien le sale un grano, que no le deja vivir, y á mí me ha salido una tía que es peor que todos los granos juntos. ¡Pues no se ha empeñado en que he de ser cura por fuerza! ¡Cura yo que deliro por el teatro y que me vuelvo loco por mi prima! ¡No! no, y mil veces no. (*Pausa*). Pero, señor, que haya quien diga que el teatro está perdido escribiéndose obras como ésta. Vaya una escenita. (*Leyendo*). Nicasio y Nicolasa. Nicasio

607415

saltando por una ventana y cayendo cerca del lecho donde duerme Nicolasa. Llegó el momento de que el amor se imponga á todo... ¡Sí! Andando á tientas tropieza con el lecho. ¡Qué hermosa debe estar dormida!... Pero mis ojos de mortal mezquino no pueden romper las tinieblas que envuelven su precioso cuerpo. En este momento penetra por la ventana un rayo de luna iluminando la escena ¡Oh! el cielo me protege. ¡Rediez, qué morbideces! Se limpia el sudor y se quita la americana y el chaleco. ¡Nicolasa! Nicolasa mía, cuando despiertes suspirarás en mis brazos amantes. (*Aparece doña Salomé por el foro y va acercándose á Pepito cautelosamente*). ¡Que se oponen tus padres! ¡que se opongan! ¿No te amo yo? ¡Pues basta! ¿No me amas tú? ¡Pues basta! ¿No es esta nuestra voluntad?...

SALO. (*Interrumpiéndole*). Pues basta.

PEPI. ¡Mi tía! Abrete, tierra.

SALO. Supongo que leerías algún libro de texto.

PEPI. De... Sí señora... de tex .. de eso.

SALO. Venga ese libro.

PEPI. ¡María Santísima!

SALO. ¡Venga he dicho! (*Le quita el libro*).

PEPI. Dios me ampare.

SALO. (*Leyendo*). «Noche de amor». Noche de desvergüenza digo yo. ¡Jesús! Es esto en lo que pasas el tiempo!

PEPI. ¡Pero tía!

SALO. ¡Te has empeñado en matarme á disgustos!

PEPI. Usted es la que se ha empeñado en torcer mi vocación.

SALO. No le escribo á tu abuelo porque está para llegar de un momento á otro, que si no ya verías.

PEPI. Mejor. Seguramente no será tan tirano como usted.

SALO. ¡Pepito! ¿Qué palabras son esas?

PEPI. Perdón, tía... Pero es que ya no sé lo que me digo. Siempre me lleva usted la contraria.

SALO. Por tu bien.

PEPI. Por mi bien, no, señora; porque si yo por darle gusto me hiciera cura, como que quiero á mi prima con toda el alma, sería un cura de papel de estraza, y me convertiría en un sér desdichado; y mi prima tampoco podría vivir porque no se curaría de este amor.

SALO. Ya tendría cura.

PEPI. Ya lo creo que lo tendría, como que no me separaría de su lado.

SALO. ¡Pero inocente! ¿Se puede saber con qué cuentas para sostener una familia?

PEPI. ¿Que con qué cuento? Con mi carrera.

SALO. ¿Al teatro le llamas tú carrera?

PEPI. Ya lo creo. No hay otra mejor ni que más produzca. Además cuento con la fortuna de mi abuelo.

SALO. Que será capaz de dejársela á los pobres cuando sepa tus torpes inclinaciones; porque á tu abuelo, aunque personalmente no le conozco por haber marchado á Méjico hace muchos años, me consta que es un santo varón, lleno de virtudes y de costumbres cristianas.

PEPI. ¡Tía, tía!... Usted se propone que yo haga un disparate.

SALO. ¿Y qué disparate va á ser ése?

PEPI. No lo sé... pero como mi prima quiera...

SALO. Mi hija hará lo que yo le mande.

PEPI. O lo que le dicte su corazón.

SALO. ¿Sí? Pues verás qué pronto la encierro en un convento.

PEPI. Y yo la robaré de allí.

SALO. ¡Pepito!

PEPI. ¡Tía! ¿Vamos á un arreglo?

SALO. Siempre que me convenga...

PEPI. ¿Si dejo el teatro, consiente usted que me case con Luisa?

SALO. ¡Pero este chico no sé lo que se ha figurado!

PEPI. ¿Consiente usted?

SALO. ¡No!

PEPI. ¿Entonces me declara usted la guerra?

SALO. ¡Vete al demonio!

PEPI. Ahora teatros y boda. ¿No quiere usted guerra? Pues guerra. Seré cómico y seré el marido de mi prima.

SALO. (*Corriendo hacia Pepito*). ¡Y yo te sacaré los ojos!

ESCENA II

Dichos y Luisa.

LUISA (*Interponiéndose*). ¡Por Dios, mamá, [illegible] sí que no!

PEPI. (*Con gravedad cómica*). Déjala que [illegible]e los saque.

SALO. Déjame, Luisa, que quiero castigar á este mocoso mal educado

LUISA ¿Pero qué ha ocurrido?

SALO. Ha pasado lo que yo debía haber previsto hace tiempo; pero ya pondré remedio.

PEPI. Difícil me parece.

SALO. Desde ahora quedas despedido de esta casa. ¿No dices que sabes ganarte la vida? pues á demostrarlo.

PEPI. ¿Me echa usted á la calle?

SALO. Ya lo has oído.

PEPI. (*Gimoteando*). Está bien. Adiós, Luisa, adiós. (*Le da la mano*).

LUISA ¿Pero, dónde irás por ahí solo?

PEPI. Me iré lejos, muy lejos... con los chinos...

LUISA (*Llorando*). ¡Ay, mamá, que dice que se va con los chinos!

SALO. ¡Que se vaya con dos mil de á caballo!

PEPI. ¡Adiós, tía! (*Mirando el retrato de su abuelo*). Adiós, abuelo amado, cuando vengas de Méjico, ya no me encontrarás en esta casa.

SALO. De lo cual se alegrará mucho. ¡Uf! Esto ya es demasiado. (*A Pepito*). Ya sabes lo que tienes que hacer. (*Váse izquierda*).

ESCENA III

Dichos, menos Salomé.

Música

LUISA — Cuánto sufre el pobrecito
cuánto sufre por mi amor.
PEPI. — Cuánto sufre mi Luisa,
cuánto sufrimos los dos.
LUISA. — ¡Ay Pepito!
PEPI. — Prima mía.
LUISA. — Ya verás lo que hago yo
para que podamos vernos
sin ninguna interrupción.
PEPI. — Ay, prima mía
qué vas á hacer.
LUISA. — Lo que ahora mismo
vas á saber.
Todas las noches,
todos los días
tras los cristales
de mi balcón,
yo estaré viendo
cómo en la acera
me estás mirando
con loco amor.
PEPI. — Y yo en la calle,
como un bendito,
sufriendo el agua,
sufriendo el sol;
ahora me tuesto,
ahora me enfrío,
ahora me calo
de un chaparrón.
LUISA. — ¿Qué te parece eso?
PEPI. — Que va de lo mejor
para morir de reuma
ó de una insolación.
No es eso, prima mía,
yo deseo vivir
estando como ahora

muy juntitos, así
Sin separarnos
ni dos minutos
viendo tus ojos,
viendo tu faz
y respirando
tu puro aroma,
pero algo lejos
de tu mamá;
soñar si sueñas
sueños de amores
que es lo más grato
poder soñar
y al fin morirme
loco perdido
á los cien años
ó poco más.

LUISA Ay qué bonito es eso.

PEPI. Así quiero vivir
estando como ahora
muy juntitos, así.

LOS DOS Qué dicha tan grande
qué inmenso placer.
Así prenda, mía,
concibo el querer.

ESCENA IV

Hablado

Dichos y Antonia.

ANTO. *(Por la izquierda)*. ¡Señorita!

LUISA ¡Ay! (*Asustada*).

PEPI. ¡Canastos! ¡Vaya un susto!

LUISA ¿Qué quieres tú ahora?

ANTO. La señora la espera en su gabinete.

PEPI. Ya lo oyes, no quiere que estemos juntos...
¡ea! torturémonos el corazón y adiós.

LUISA ¿Pero ya no nos veremos?

PEPI. ¡Pues no nos hemos de ver!

LUISA ¿De modo que no te marchas?

PEPI. Yo no me muevo de aquí aunque me hagan trizas.

ANTO. ¡Pobrecillos!

LUISA ¿Y si mamá no te deja entrar?

PEPI. Entraré por el balcón ó por el techo ó por donde sea; pero yo entro.

LUISA Entonces ya me voy más tranquila. Adiós. (*Se dirige á la puerta de la izquierda y desde allí le echa un beso con la mano*).

PEPI. Adiós, y ahí te va este otro. (*Le manda un beso*).

ESCENA V

Dichos menos Luisa.

ANTO. ¡Ay, señorito, qué lástima me da de verles sufrir!

PEPI. Gracias, Antonia.

ANTO. Y el caso es que no sé cómo decírselo.

PEPI. ¡Ah! ¿Pero me tienes que decir algo?

ANTO. Que tengo orden de no abrirle más la puerta cuando se vaya.

PEPI. ¡Sí! Pues entonces no me voy. ¡Hecha la ley, hecha la trampa!

ANTO. Y entonces lo pagará la señorita.

PEPI. Tienes razón, debo marcharme.

ANTO. Señorito...

PEPI. ¿Qué?

ANTO. Nada, que yo no quiero que se me pudra en el estómago.

PEPI. ¿Pero acabarás de una vez?

ANTO. (*Con misterio*). El domingo lo ví.

PEPI. ¡Claro! como todos los días.

ANTO. No, señor, fué por la tarde, en el teatro.

PEPI. (*Tapándole la boca*). Calla, guasona.

ANTO. No tenga usted cuidado que no se sabrá por mí.

PEPI. ¿De modo que me viste?

ANTO. Como lo veo á usted ahora. Pero qué gracia tiene usted para el teatro, señorito.

PEPI. Pero no grites, mujer.

ANTO. A mi lado había dos caballeros y uno de ellos decía: este chico llegará á ganar un dineral.

PEPI. Pues ya ves, mi tía no quiere que sea del teatro.

ANTO. Porque no le ha visto trabajar. Con decir que si yo hubiera podido le habría dado un abrazo.

PEPI. Pues mira, todos los santos tienen octava. Dámelo ahora.

ANTO. Así, así hablaba usted con aquella tiple tan guapa. ¡Pero qué retebién lo hacía usted, señorito...! Vamos, si parecía que siempre había usted estado en las tablas.

PEPI. Pues no llevo más que un mes escaso.

ANTO. Y cómo se dejaba abrazar la muy tunanta.

PEPI. Porque el papel lo requería.

ANTO. ¿Y lo de enseñarle á usted las pantorrillas, también lo requería el papel?

PEPI. Naturalmente.

ANTO. En fin, es el caso que me tuvo usted con la boca abierta, y que me aprendí de memoria aquello que cantaban los dos, con tanto jaleo.

PEPI. ¿Y cómo lo has aprendido tan pronto?

ANTO. Toma, estudiándolo con los cantables de la obra que compré por diez céntimos. ¿Y sabe usted á qué número me refiero?

PEPI. Al dúo de los nervios, que es muy bonito... pero muy cansado.

ANTO. Pues yo no me cansaría, porque como soy nerviosa, no tendría que violentarme mucho. ¿Quiere usted que lo cantemos?

PEPI. Pero oye, tendrás que hacer todo lo que hacía aquélla.

ANTO. Claro. ¿No dice usted que es del papel?

PEPI. Pues vamos á ver si te acuerdas de la parte de la tiple.

ANTO. Venga el dúo de los nervios.

PEPI. ¡Vaya! Y si mi tía nos oye, ya verás qué terceto.

Música

PEPI. Como soy tan nervioso.
ANTO. Como soy tan nerviosa.
PEPI. No la puedo mirar.
ANTO. No le puedo mirar.
LOS DOS Sin notar cierta cosa. (*Se estremecen*).
ANTO. Cuando voy por la calle
y él me sigue detrás,
si un poquito la falda
me quiero levantar....
como soy tan nerviosa
doy un tirón atroz
y enseño el zapatito
la media y pantalón.
PEPI. Y yo que voy tras ella
como un galguillo inglés,
si atisbo ciertas cosas
que no quisiera ver...
como soy tan nervioso,
salto y brinco detrás,
tropiezo, y á sus brazos
siempre voy á parar. (*Se abrazan*).
ANTO. ¡Ay qué susto me dió!
PEPI. ¡Ay qué rica es usted!
ANTO. ¡Ay qué nerviosa estoy!
PEPI. ¡Ay! ¡Pues no sé por qué!
Y siguen los nervios
con grave tensión
igual que si fueran
cuerdas de violón.
ANTO. Y llego hasta casa
saltando á compás.
PEPI. Y del mismo modo
yo sigue detrás.
ANTO. Cuando ya estamos solos
le quiero hasta pegar
y al mirarle de cerca
su cara de truhán...
Como soy tan nerviosa,
no sé qué voy á hacer,

que saltan hechos trizas
los broches del corsé.

PEPI. Y yo que estoy mirando
belleza tan juncal,
al ver que se desbordan
sus carnes de azahar...
Como soy tan nervioso
me sube un no sé qué
que me sube, me sube...
y no sé lo qué hacer.

ANTO. ¡Ay el ataque!

PEPI. ¡Ay que me da!

LOS DOS ¡Ay cielo santo!
No puedo más. (*Fingiendo el ataque*).

Hablado

PEPI. Magnífico, muchacha. Te aseguro que estás de nervios y de formas mejor que la tiple.

ANTO. Usted sí que está hecho un pillastre...

PEPI. Un gran cómico es lo que yo estoy hecho; y eso se lo voy á demostrar á mi tía muy pronto.

ANTO. ¿Qué va usted á hacer?

PEPI. Ya verás; una idea que me ha sugerido el retrato de mi abuelo. ¿Estás dispuesta á ayudarme?

ANTO. ¿Lo va usted á vender?

PEPI. No se trata de eso.

ANTO. Pues yo le ayudaré en todo.

PEPI. Muy bien. Dentro de un rato llegará mi abuelo.

ANTO. ¡Cómo! ¿Tiene usted noticias?

PEPI. No me preguntes más. Lo que yo tengo son pelucas y todo lo que necesito. Ven á mi cuarto y allí te daré mis instrucciones.

ANTO. Vaya un lío.

PEPI. ¡Y gordo! Ah, querida tía, ya verás si soy buen cómico. (*Al retrato*). Dispensa, abuelo, pero no hay más remedio. Anda, muchacha. (*Salomé dentro*). ¡Antonia!

ANTO. ¡La señora!

PEPI. Anda he dicho. (*La empuja y vánse foro*).

ESCENA VI

Salomé y Luisa.

SALO. Hubiera jurado que aún andaba por aquí ese mequetrefe.

LUISA ¡Pobrecillo, ya no le veré más! *(Suspirando)*.

SALO. Mejor. ¿Pero se puede saber por qué lloras?

LUISA (*Llorando*). Si no lloro, mamá.

SALO. Pues no he visto cosa más parecida. ¡Ea! basta de gimoteos; yo que soy tu madre, te mando que le olvides para siempre.

LUISA Bueno, usted me lo manda á mí y obedezco porque soy buena. Pero yo se lo mando á mi corazón y no me hace caso.

SALO. Entonces se lo mandaré yo.

LUISA Está muy mal educado mi corazón. Acérquese, mamá, acérquese. (*Figurando que le habla al corazón*). Oye, niño, estáte quieto de una vez. ¿Ve usted qué saltos da ahora? ¿Estás dispuesto á olvidar á Pepito? ¿Oye usted? No, no, no, no.

SALO. Sí, ¿eh? Pues escucha lo que dice el mío. ¿Estás dispuesto á no consentir majaderías? Sí, sí, sí, sí.

LUISA ¿Y si se muere?

SALO. Lo entierran.

LUISA ¿Y si yo me muero?

SALO. Tú no te morirás porque velo yo por tí.

LUISA Sí que me moriré y va á ser muy pronto.

SALO. Bueno, déjame en paz.

LUISA Eso es, ya no falta más que se enfade usted conmigo y me arroje de su lado también.

SALO. Vamos á ver: ¿y si yo hiciera eso, qué harías tú?

LUISA Toma, pues buscar el pariente más cercano... y como aquí no tengo más pariente que mi primo...

SALO. Muy bonito. ¡Miren la mosquita muerta!

LUISA ¿Pero, qué había de hacer?

SALO. Nada; yo soy la que ha de tomar mis precauciones. Mañana salimos de Madrid.

LUISA ¡Ay, Dios mío! ¿Dónde?

SALO. Donde no te importa; vamos á ver si puedo dominar á estos niños.

LUISA (¡Oh, qué idea!) Ay mamá, no va á poder ser.

SALO. ¿Y por qué?

LUISA ¿No esperamos de un momento á otro al abuelo de Pepito?

SALO. Es verdad. Bien, ya le dejaremos dicho nuestro paradero.

LUISA Me he lucido.

ESCENA VII

Dichos y Antonia.

ANTO. (*Foro*). ¡Señora, señora!

SALO. ¿Qué ocurre?

ANTO. Desde el balcón del comedor, he visto que ha parado un coche en la puerta.

SALO. ¿Y bien?

ANTO. Que se ha apeado un señor anciano muy parecido al retrato del abuelo.

LUISA El es. (Nos hemos salvado).

SALO. Y en qué momento llega. Vaya usted á abrir la puerta.

ANTO. Dios nos saque bien librados. (*Váse por el foro*).

ESCENA VIII

Salomé y Luisa.

SALO. ¿Y qué le digo ahora de su nieto?

LUISA ¿Ve usted? Si no le hubiera despedido...

SALO. ¡Jesús! Entre todos harán que pierda el juicio.

LUISA Si el viejo es bueno, seremos felices.

SALO. ¿Qué le diré á este señor?

ESCENA IX

Salomé, Luisa, Antonia y Pepito caracterizado imitando el retrato del abuelo

Música

ANTO. (*Desde el foro*).
D. José de la Calzada
pide venia para entrar.
SALO. Adelante y á mis brazos.
PEPI. Pues los míos allá van. (*Se abrazan*).
LUISA (*A Antonia*). Ya del todo parecido
al retrato que allí ves.
ANTO. No le falta más que el marco
que hay colgado en la pared.
SALO. Esta es mi hija.
LUISA Su servidora.
PEPI. Como su madre,
buena y hermosa.
Ven á mis brazos,
ven sin tardar
que tus mejillas
quiero besar.
(*Abraza y besa á Luisa*).
ANTO. Bien se aprovecha
el muy pillastre.
SALO. Vaya un orgullo
para una madre.
Este buen viejo
tiene razón.
Cuando era joven
así era yo.
PEPI. ¿Pero dónde está mi nieto,
que ya no me viene á ver?
SALO. Pues su nieto... francamente,
ahora mismo no lo sé.
PEPI. Que le avisen en seguida
que al no verle sufro ya.
SALO. Ya vendrá, pase entretanto,
le conviene descansar.
LUISA Es lo primero,
descanse usted.

PEPI. Si no me canso,
ven otra vez.
Dame un abrazo.
Qué rica es.

TODOS Basta de abrazos,
descanse usted.

Hablado

SALO. Ahora hablemos un poco, después descansará un ratito y cuando haya descansado, á comer.

PEPI. Magníficamente pensado.

SALO. Y usted vaya preparándolo todo. *(A Antonia)*.

ANTO. Está muy bien, señora. ¡Cualquiera sabe en lo que para esto! (*Váse*).

ESCENA X

Dichos menos Antonia.

PEPI. (*Sentándose en una butaca*). ¿Pero ese Pepito?

SALO. (*Sentándose á su lado*). Como á punto fijo no sabía su llegada...

PEPI. Eso le disculpa, que si no... *(A Luisa)*. Pero qué linda es.

LUISA Muchas gracias.

PEPI. Ven, siéntate aquí sobre mis rodillas, quiero que me cuentes muchas cosas.

LUISA ¿No le molestaré?

PEPI. Qué me has de molestar, ángel mío.

LUISA *(Sentándose)*. Pues aquí me tiene.

PEPI. (¡María Santísima, qué redondeces!).

SALO. ¿Pero dónde se ha dejado usted el equipaje?

PEPI. ¿El equipaje? (No había caído en esto). Pues no sabes... en alta mar... una tempestad horrible y ¡cataplúm! ¡Adiós, equipaje!

LUISA Se lo llevó.

PEPI. Todo, hasta la maleta de mano.

SALO. ¡Qué desgracia!

PEPI. Pero no me llevó á mí.

LUISA ¡Qué suerte!

PEPI. Mucha, porque así he podido verte y soy dichoso.

SALO. Es muy simpático.

LUISA ¡Ay, no sé lo que le noto... parece que tiene usted hormiguillo!

PEPI. No, tonta... es la satisfacción... el... vamos... que ya no sé lo que me pasa.

SALO. Vamos, niña, levántate de ahí que estás molestándole.

LUISA Peso mucho, ¿verdad?

PEPI. ¡Quiá! ¡ni una paja!

LUISA (¡Jesús, cómo aprieta el demonio del viejo!)

SALO. Ahora siéntate aquí á nuestro lado y hablemos de algo muy serio.

LUISA Antes un beso. *(Besa á Pepito).*

PEPI. Ahí va el mío. (*La besa).* (Me estoy cobrando el gran anticipo).

SALO. Antes que se presente su señor nieto debo participarle que es un perdido.

PEPI. ¡Eh!

SALO. Siento darle este disgusto. Pepito no quiere ser cura.

PEPI. De lo cual me alegro mucho.

LUISA ¡Y yo!

SALO. ¡Niña, silencio!

PEPI. ¿Y qué más?

SALO. Se ha empeñado en ser cómico; y esto es una vergüenza para la familia.

PEPI. ¡Vergüenza! ¿y por qué?

LUISA ¿Eso y por qué?

SALO. ¡Niña!

PEPI. Adelante, adelante.

SALO. ¿Pero á usted no le horroriza esto?

PEPI. No, señora. Se puede ser cómico y muy santo á la vez... ya te enseñaré el almanaque mejicano y entonces te convencerás. San Batalio, fué bajo de ópera y murió mártir. Santa Plaudia, murió tiple y virgen; ya ves tú si eso es difícil. San Amorguis, apuntador y obispo...

SALO. No conozco esos santos.

LUISA Porque son mejicanos, mamá.

PEPI. Además yo no pienso torcer su vocación, y en los pocos días que esté entre vosotros no quiero disgustos. Vengo á casarlo, y nada más.

LUISA ¡A casarlo! ¿y con quién?

SALO. ¡Niña!

PEPI. Con una chica muy bella y que á él le quiere mucho.

LUISA A Pepito no le quiere nadie.

PEPI. ¿Ni tú tampoco?

LUISA ¡Yo, sí, mucho! ¿á qué negarlo?

PEPI. Bendita sea tu alma. *(Levantándose de un salto)*.

SALO. ¿Pero don José, qué es eso?

PEPI. Nada, que me la comía; esa inocencia me encanta; y que he venido á casarlos y los caso.

LUISA ¿A mí con él?

PEPI. Sí á tí.

SALO. Pero usted no se ha fijado en que son muy jóvenes.

PEPI. A los diez y siete, me casé yo y sin un céntimo; ya ves, él cuenta desde ahora con ochenta mil pesos que yo le traigo.

SALO. ¡Ochenta mil!

PEPI. Sí, ó cien mil. (Yo estoy soltando pesos hasta mañana).

SALO. Es una fortuna.

PEPI. Poca cosa; después, cuando yo muera...

LUISA Por Dios, no piense usted en eso.

SALO. Tiene razón la niña. (Pero por qué habré yo despedido á ese chico).

PEPI. Supongo que no te opondrás; ya sé que ellos se quieren porque él me lo ha escrito.

LUISA Sí, señor, mucho.

SALO. Accedo muy gustosa, porque al fin y al cabo Pepito es un buen muchacho.

PEPI. (Valiente tía me ha dado Dios). Y ahora, con vuestro permiso, quisiera descansar un rato.

SALO. Aquí tiene usted su habitación preparada. *(Indicando la primera puerta de la derecha)*.

PEPI. (Magnífico, tiene puerta de escape).

LUISA Pues adiós, abuelito, y á descansar.

PEPI. Pero no entrar á llamarme hasta que yo avise.

SALO. Así lo haremos.

PEPI. ¡Ah! si viene mi nieto, ése sí, que entre en seguida. ¡Vaya! tengo unas ganas de darle un tirón de orejas... Y tú no me lo entretengas mucho, muñeca, je, je, je. Conque hasta dentro de un rato; qué chico ese, je, je, adiós, monina... Adiós, Salomé. (Adiós mis costillas como se descubra el lío). (*Ehtra en la alcoba*).

ESCENA XI

Dichos menos Pepito.

SALO. ¿Y qué hacemos ahora? (*Muy agitada*).

LUISA Yo no sé, mamá... pero creo que volverá.

SALO. ¡Oh! si se hubiera marchado fuera de la población...

LUISA No quiero pensarlo.

SALO. ¡Yo sola tendría la culpa de la desgracia! ¡Pobre criatura!

LUISA ¡Pobrecillo!

SALO. Y qué alegrón le íbamos á dar.

LUISA Y se lo daremos. ¡Pues ya lo creo!

SALO. ¿Pero, y si se levanta el abuelo y no ha venido?

LUISA Eso sí que sería una contrariedad.

SALO. En fin, pensemos algo práctico. (*Se sienta*).

LUISA Buena estoy yo para pensar. (*Se sienta*).

ESCENA XII

Dichos y Pepito.

PEPI. (*Sale sin disfraz por el foro, y muy pensativo llega pausadamente hasta el proscenio*). ¿Puedo pasar, tía?

SALO. (*Con alegría*). ¡Pepito!

LUISA (*Id*). ¡Por fin!

PEPI. (*Muy triste*). Ya lo tengo todo arreglado. Esta noche duermo en el Seminario y dentro de un año cura.

SALO. ¡Narices!

PEPI. ¡Cómo!

LUISA Ya lo has oído; narices.

PEPI. Pero...

SALO. Pues has de saber...

LUISA (Ay mamá, no se lo diga usted de sopetón, que le puede dar algo).

SALO. ¿A quién dirías que tenemos en casa?

PEPI. ¡Oh! ¡Ah! no me digan más. Aquí está mi abuelo.

LUISA Qué listo es y qué penetración tiene.

SALO. Aquí está, lo has adivinado; pero lo que de fijo ignoras es que viene decidido á casarte.

PEPI. ¿A mí, y con quién?

SALO. Con ésta.

PEPI. ¡Ah! Pero claro, usted se opondrá.

SALO. ¡Quiá! yo no me opongo.

LUISA Ni yo tampoco.

SALO. No quiere disgustos el pobre anciano.

PEPI. ¿De modo que seremos marido y mujer?

SALO. Así parece. Vamos hombre, no te encortes; ahora, anda, dale un abrazo delante de mí.

PEPI. Tía...

LUISA Anda, hombre...

PEPI. (Estoy sacando la tripa de mal año). (*Abrazando á Luisa*).

SALO. Y ahora ya puedes pasar á ver al abuelito.

PEPI. (Ya empezó Cristo á padecer).

SALO. ¿Qué dices?

PEPI. Nada, que voy en seguida.

ESCENA XIII

Dichos, D. José y Antonia (*dentro*).

ANTO. No puede ser.

JOSÉ ¿Y eso por qué?

ANTO. Tengo que pasar recado.

JOSÉ Ea, basta, yo no necesito cumplidos.

SALO. ¿Pero, qué es eso?

PEPI. ¡No lo sé, tía! (Malo, malo, malo).

SALO. *(A Antonia que sale por el foro)*. ¿Qué hay?

ANTO. Un caballero que desea verla. *(A Pepito)*. (Ahí está el abuelo, escápese usted).

PEPI. (De aquí salgo como San Lorenzo).

JOSÉ *(Sin bigote, con peluca negra y una maleta)*. ¿Pero es este el modo de recibir al abuelo?

SALO. ¿Pero, qué dice este hombre?

LUISA ¡Jesús, qué miedo me da!

JOSÉ Me habré equivocado de casa. ¿No vive aquí D.ª Salomé Fuentes?

SALO. Con ella está usted hablando.

JOSÉ Entonces, aquél perillán es Pepito.

PEPI. Sí, señor... Pepito.

JOSÉ Pues, hombre, abraza á tu abuelo.

SALO. ¡Ea! Basta de burlas, señor mío. D. José de la Calzada llegó hace una hora y descansa en aquella habitación.

PEPI. ¡Atiza!

JOSÉ ¡Cuerno! Eso no es posible. D. José de la Calzada soy yo.

ANTO. Esto acabará muy mal.

LUISA El abuelo de Pepito es aquél de aquel cuadro.

JOSÉ En efecto, ése era yo, cuando tenía bigote y antes de llevar peluca.

SALO. ¿Pues, entonces, quién es el otro?

PEPI. Eso digo yo, quién es el otro.

JOSÉ ¿Pero, criatura, no te dice nada la sangre?

PEPI. (Aquí me agarro á éste para que me salve).

JOSÉ Vamos...

PEPI. Sí, ahora sí... me dice que usted es mi abuelito. ¡Abuelo de mi alma! *(Abrazándole)*.

SALO. ¿Pero, cuántos abuelos hay en esta casa?

JOSÉ Yo solo.

LUISA Entonces, ¿quién es aquél que me daba aquellos apretujones?...

JOSÉ Un impostor, un sinvergüenza que habrá querido darnos un timo.

SALO. *(Abriendo la puerta de la alcoba)*. Salga usted, caballero.

PEPI. (Sí, por la otra puerta).

SALO. He dicho que salga usted.
PEPI. No saldrá, no saldrá.
JOSÉ Pues verá, cómo yo le saco á palos.
PEPI. Para eso estoy aquí yo, ¡vaya! pues no faltaba más; ya verá usted lo que vale tener un hombre en casa.
ANTO. (En mi vida he visto frescura semejante).
PEPI. Ahora verá usted. (*Entra en la alcoba*).
LUISA Por Dios, Pepito, no te pierdas.
JOSÉ (Es bien extraño todo esto).
PEPI. (*Dentro*). Salga usted de ahí. (*Imitando la voz del viejo*). ¡No me da la gana! ¿Qué es lo que usted pretende? No le importa. ¿No? ¡No! Ahora lo verás. ¡Tío marrullero!
LUISA Ay, Dios, se lo va á comer.
PEPI. Bien largo de aquí. He dicho que no. ¿No? pues á puntapiés. ¡Toma! (*Sale corriendo con el disfraz del abuelo*). ¡Ay, esto no es digno ni decente!
JOSÉ ¿Se puede saber con qué objeto ha tomado usted mi nombre?
PEPI. ¿Se puede saber con qué objeto ha tomado usted el mío?
JOSÉ Cómo se entiende; yo soy D. José de la Calzada.
PEPI. Lo mismo digo.
JOSÉ ¡Mentira!
PEPI. (*Se quita rápidamente la peluca y bigote*). Pruébeme usted lo contrario.
TODOS ¡Pepito!
PEPI. ¿Soy ó no soy D. José de la Calzada?
JOSÉ Ahora si que te la calzas. (*Levantando el palo*).
LUISA Por Dios, abuelo. (*Conteniéndole*).
JOSÉ Ja, ja, ja. Pero, tonta, si me ha hecho mucha gracia.
SALO. Dios mío, qué bochorno.
JOSÉ Supongo que esto habrá sido una comedia para entretenerme.
PEPI. Justo, sí señor, una comedia.
SALO. Esto ha sido que este botarate, en su afán de ser cómico, nos ha puesto en ridículo.
JOSÉ Pues mira, ya sirve para el teatro.

SALO. ¿Usted también?

PEPI. Abuelito, usted es nuestra providencia; yo amo á mi prima, que es ésta.

LUISA Si, señor, á mí.

JOSÉ Es muy bella y veo con gusto que os améis.

SALO. Pues yo no. ¡Ea! Esa burla no la puedo tolerar.

JOSÉ Y yo, que no quiero disgustar á mi nieto, me empeño en darle gusto y se casará.

SALO. ¡Pero, D. José!...

PEPI. (*Arrodillándose*). Consienta usted, tía.

LUISA (*Id*). Mamá, consienta usted.

ANTO. (*Id*). Consienta usted, señora.

SALO. ¿Pero qué cuadro de ánimas es éste?

JOSÉ Por consentido. Levantad y después trataremos despacio lo que se ha de hacer. Cuentas desde ahora con ochenta mil pesos de dote.

PEPI. ¿Ve usted? No me equivoqué ni en un céntimo.

JOSÉ Y respecto al teatro...

PEPI. No hay más que hablar. Mañana traeré un palco para que vayan á verme. (*Al público*).

Todo al fin lo he conseguido;
y si es que quieren venir,
al teatro les convido,
pero tienen que aplaudir.

TELON